EL GAUCHO "VILLAGEOIS"

"El gaucho aprecia enteramente la libertad sin restricciones de tal vida; y sin conocer sujeción de ninguna clase, su mente a menudo se llena con sentimientos de libertad, tan nobles como sencillos, aunque naturalmente participan de los hábitos salvajes de su vida. Vano es intentar explicarle los lujos y bendiciones de una vida civilizada; sus ideas son, que el esfuerzo más noble del hombre es levantarse del suelo y cabalgar en vez de caminar –que no hay adornos o variedad de alimentación que compense la falta de caballo– y el rastro del pie humano en el suelo es en su mente símbolo de falta de civilización.

"Los hábitos de las mujeres son muy curiosos; literalmente no tienen nada que hacer; las grandes llanuras que las rodean no dan motivo para caminar, y sus vidas son ciertamente muy indolentes e inactivas.

"Cuando contrae matrimonio, el joven gaucho lleva la novia en ancas, y en el transcurso de pocos días, generalmente, pueden conseguir iglesia."

Las pampas y los Andes.
Por Francisco Bond Head (1826, Londres).



"Había una escuela en la que se daban azotes todo el día. El refrán era: la letra con sangre entra. Se le daba la lección; ¿no la sabía? seis azotes y estudiarla, ¿no la sabía?, doce azotes; él la ha de saber.

"Este era el sistema de un Don Marcos Salsedo, que tenía tal placer en dar azotes, que se contaba como una gracia, que un día en que había la función de la Recoleta, con la que deliraban los muchachos, empezó por preguntar a cada uno si quería ir. Unos decían que sí y otros que no, de miedo; sólo a uno se le ocurrió decir: lo que el señor maestro quisiera. Dió la orden de dar seis azotes a los querían ir; doce a los que no querían ir, porque habían mentido; y sólo fué exceptuado, el que se había sujetado a la voluntad del maestro.

"Se sentenciaba a muerte a un hombre, cosa rara, porque estaban ocho y diez años en la cárcel antes de condenarlos. No se les quitaba la vida como ahora; se hacía un aparato alto y se ponía un torno; lo sentaban y con el torno le apretaban el pescuezo, de modo que la lengua quedaba de fuera. A todos los muchachos de las escuelas los llevaban a ver esto. Algunos maestros, el primero el señor Salsedo, luego que entraban a la escuela, les daban azotes, para que no se les olvidara lo que habían visto."

Memorias.
Por Mariquita Sánchez (1786-1868).



"Estos son unos mozos nacidos en Montevideo y en los vecinos pagos. Mala camisa y peor vestidos, procuran encubrir con uno ó dos ponchos, de que hacen cama con los sudaderos del caballo, sirviéndoles de almohada la silla. Se hacen de una guitarrita, que aprenden á tocar muy mal y á cantar desentonadamente varias coplas, que estropean, y muchas que sacan de su cabeza, que regularmente ruedan sobre amores. Se pasean á su albedrío por toda la campaña y con notable complacencia de aquellos semibárbaros colonos, comen á su costa y pasan las semanas enteras tendidos sobre un cuero, cantando y tocando.

"Muchas veces se juntan de éstos cuatro o cinco, y á veces más, con pretexto de ir al campo á divertirse, no llevando más prevención para su mantenimiento que el lazo, las bolas y un cuchillo. Y lo más prodigioso es verlos matar una vaca, sacarle el mondongo y todo el sebo que juntan en el vientre, y con sólo una brasa de fuego o un trozo de estiércol seco de las vacas prenden fuego á aquel sebo, y luego que empieza a arder y comunicarse a la carne gorda y huesos, forma una extraordinaria iluminación, y así vuelven á unir el vientre de la vaca, dejando que respire el fuego por la boca y orificio, dejándola toda una noche ó una considerable parte del día, para que se ase bien, y á la mañana ó tarde la rodean los gauderios y con sus cuchillos va sacando cada uno el trozo que le conviene, sin pan ni otro aderezo alguno."

El lazarillo de los ciegos caminantes.
Por Concolorcorvo (1773).



LOS PERROS CIMARRONES

"Los perros cimarrones diezmaban las haciendas. Se multiplicaron prodigiosamente por la incuria y egoísmo de los estancieros. Era un caso interesante de regresión. El perro también seguía al hombre en el camino de la barbarie. El compañero fiel y noble, cooperador de todos los trabajos de campo, vivía en cuevas subterráneas; feroz y cruel, como los lobos y las hienas, llegó a hacerse tan temible que se organizaron expediciones militares para exterminarlo. 'Cubren todas las campañas circunvecinas, dice el P. Cattáneo, y viven en cuevas que trabajan ellos mismos, y cuya embocadura parece un cementerio por la cantidad de huesos que la rodean. Y quiera el Cielo que, faltando la cantidad de carne que ahora encuentran en los campos, irritados por el hambre, no acaben por asaltar a los hombres'."

La ciudad indiana.
Por Juan Agustín García.

